

TAURINO BURÓN, FRAGMENTOS DE CÓDICES LITÚRGICOS EN EL ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL DE LEÓN, CENTRO DE ESTUDIOS E INVESTIGACIÓN “SAN ISIDORO”, LEÓN, 2000

Bodelón, Serafín.
UNED Centro Asociado de Asturias

Se inicia este libro de Taurino Burón con una introducción, en la que el autor aclara que esta obra es continuación de anteriores trabajos en la misma línea de investigación. En efecto, el autor ha publicado numerosos trabajos sobre el tema desde las ya lejanas fechas de los inicios de los años setenta, especialmente con varios artículos en la revista *Archivos Leoneses*. Casi tres décadas de esfuerzos y estudios continuados avalan este trabajo archivístico con pautas minuciosas, casi de laboratorio. Se puntualiza en la introducción que “la ingente cantidad de fragmentos” estudiados demuestra “la desaparición de un patrimonio incalculable” (página 152). Pese a haber sido manoseados durante siglos tales códices, los fragmentos hoy conservados aún destellan un translúcido brillo e irisaciones cromáticas en muchas de sus letras iniciales, como si estuvieran recién escritas y sus filigranas recién pintadas. Son en total 1.115 fragmentos con un total de unas 3.110 piezas musicales (página 161). De ese millar y pico de fragmentos de códices, casi la mitad, 468 fragmentos exactamente, con un total de 1.345 canciones, proceden del Bierzo. Tales fragmentos son de un espacio cronológico comprendido entre los siglos XII al XVI. Es evidente que existió una gran actividad musical en el Bierzo en los cuatro últimos siglos de la Edad Media.

El impacto musical berciano debió ser impulsado a fines del siglo XI por los cluniacenses. Villafranca del Bierzo fue llamada Santa María de Cluniaco en la documentación de fines del XI e inicios del XII, antes de comenzar a llamarse Villafranca debido a la gran afluencia de gentes de allende el Pirineo, que se asentaron definitivamente en tan floreciente villa. Más tarde, ya a inicios del siglo XIII el Císter tomó el relevo en el florecimiento y expansión de los hitos musicales en el Bierzo, a partir del eje este oeste a lo largo del Camino de Santiago y bajo el impulso de la abadía de Carracedo. Dentro del Císter Carracedo era a su vez una orden religiosa con una larga red de cenobios y prioratos, que se extendían desde Toro por el este hasta Meira (Lugo) y Montederramo (Orense) por el oeste, desde San Martín de Castañeda en Sanabria por el sur, hasta Santa María de Lapedo en Belmonte (Asturias) por el norte. El florecimiento musical religioso de los cenobios, casi exclusivamente litúrgico, fue promovido por la reforma litúrgica romana, tras el Concilio de Burgos en el año 1080, en menoscabo del rito mozárabe. Cluny y Roma jugaron muy fuerte ante Alfonso VI en dicho Concilio; nuevos vientos musicales procedentes de Europa se impusieron en Castilla y León a lo largo del Camino de Santiago con un flujo intenso de peregrinos, comerciantes, músicos, cantantes, poetas, falsos clérigos, curiosos y otros caminantes. A medida que los tiempos

pasaban se iba acrecentando el proceso de alejamiento musical de los temas religiosos y fueron surgiendo temas profanos, a veces sobre un fondo en apariencia religioso, pero en el fondo burlesco y paródico: las letras que para el clero poseían mensajes religiosos, escondían para los no clérigos un contenido a veces de simbología de tono erótico y a veces de mofa de dobles sentido en el campo de lo religioso; el paulatino desconocimiento del latín fue intensificando este proceso: a lo que no se comprendía, se le buscaban pronto otros posibles sentidos vinculados con la realidad cotidiana. Ya lo decía Berceo: "Quiero fer una prosa en roman paladino/ en lo cual suele el pueblo hablar a su vescino/ ca non son tan letrado por fer otro latino".

Dedica el autor un capítulo al estudio de los tipos de escritura y otro a analizar las letras iniciales, ya por su riqueza ya por su variedad. Destaca el autor en este aspecto el eje formado al sur por San Pedro de Montes en el alto valle del Oza, ya cerca del nivel pico del Aquiana y de la joya mozárabe de Santiago de Peñalba; al norte con San Andrés de Espinareda en el valle alto del río Cúa, puerta de los Ancares y de la Fornela; y en el centro la gran abadía de Carracedo en el Bierzo Bajo junto a Cacabelos. Y refrenda tal idea, citando un trabajo anterior de su autoría titulado: "Inventario de libros y obras de arte procedentes de monasterios y conventos afectados por la desamortización", *Archivos Leoneses*, 54, 1973, 367-399.

Sigue un capítulo dedicado a "la notación musical" que se inicia en la página 179. Se habla allí de música y poesía, de antífonas, prosas, himnos y secuencias; se habla de la unidad musical y su propagación por Europa. Se deleita el autor al narrar cómo surgen los primeros neumas, las pautas, el tetragrama y el pentagrama; se aclara que el amarillo se utilizaba para la clave en do, mientras el rojo se usaba para la clave en fa. Viene seguidamente un capítulo muy erudito sobre notas codicológicas.

Pero el plato fuerte del libro se inicia ahora con la exposición de los 1115 fragmentos y su correspondiente texto latino. La organización sigue un criterio geográfico por partidos judiciales de la provincia leonesa, ordenados alfabéticamente; se empieza por Astorga y luego (La) Bañeza para finalizar con (La) Vecilla y por último Villafranca del Bierzo. Y dentro de cada demarcación geográfica los documentos se van sucediendo por orden cronológico. Desfilan así fragmentos de códices de breviarios, cantorales, misales, decretales, leccionarios, glosarios, salterios, biblias, antifonarios, bestiarios, siempre con los datos pertinentes a cada documento. No cabe mayor esfuerzo de esmero y pulcritud. Tal desfile documental se extiende desde la página 189 a la página 421 del libro. Siguen dieciséis fotografías de otros tantos fragmentos de códices muy significativos, ya por su tipo de letra, ya por sus notaciones musicales.

Luego comienzan los numerosos índices, con los que Taurino Burón ha querido facilitar la consulta del libro al posible lector. Hay un índice cronológico, otro de códices litúrgicos, otro de fiestas litúrgicas, otro de piezas musicales identificadas y otro de piezas musicales sin identificar. Es difícil poder pensar en una mejor posible organización de tantos materiales, en vistas a un cómodo y útil manejo. Hay que felicitar por ello de que León posea un autor como éste, que no escribe para la galería, ni para los alumnos del aula, ni para los inscritos en un congreso, sino por amor a la investigación y a la ciencia. En efecto, Taurino Burón no escribe desde la

dependencia que estipula y fija un sectario clan universitario, bien anclado en sus jerifaltes de turno; Taurino Burón escribe desde la independencia que le da la soledad airosa del archivo y el silencio misterioso de los documentos. Es decir, escribe sin autocomplacencia, sin afectación ni seguidismos. Por ende seguramente a este libro lo marginarán los clanes académicos, que vetan citar libros y autores ajenos a su clan.

Dicho lo anterior, me fijaré ahora en el índice de piezas musicales sin identificar (ocho columnas de unos cuarenta títulos cada columna, es decir, más de trescientas canciones). Hay algunos títulos tan sugestivos que parecen esconder canciones del ámbito popular y profano; y aunque, a veces, poseen algún término religioso, podría tratarse de un doble sentido, con alusión erótica relacionadas con cuestiones de la vida cotidiana; otras veces podría tratarse de canciones un tanto paródicas con un cierto tono de burla hacia asuntos eclesiásticos. Da la impresión de que ciertas canciones, clasificadas "sin identificar", podrían ser una parte del desaparecido acervo musical de cariz profano, paródico y hasta burlesco, aunque a veces se revistan de letras y melodías sacras. Citaré un elenco de títulos de este tenor, fijándome primero en fragmentos procedentes del partido de Villafranca, es decir, de la abadía cisterciense de Carracedo y del monasterio benedictino de San Andrés de Espinareda. Incluiré también algunos títulos de fragmentos del partido judicial de Ponferrada, esto es, procedentes del benedictino cenobio de San Pedro de Montes, cerca del nívoo Aquiana y de la cueva de San Genadio, muy próxima a la joya de Peñalba.

Ofreceré tales títulos en lengua vulgar, para no lacerar los atónitos ojos del ávido lector (ya no se puede citar en latín para no "traumatizar" al lector medio):

La canción medieval *La flecha voladora* a mí me evoca "Las flechas del amor", que Karina cantaba en los años dorados de nuestra juventud. *Una reina a mi diestra* debía ser una canción que escondía algo así como las reinas de nuestras fiestas, donde siempre se elige a la más guapa. *Otro día* era una pieza que me sugiere esa canción bolera hoy titulada "Volver, volver". *Preso por un vistazo*, traduciendo al pie de la letra, es lo que hoy se llama "un flechazo", con lo que retornamos a la Karina de nuestros dorados años sesenta. *Felices los que pasean* me recuerda esa canción que hoy musita "Paseando mi soledad/ por las playas de Marbella" del grupo musical conocido como "Los tres sudamericanos". La canción medieval titulada *Caen por tu lado*, en traducción literal, quiere decir en léxico vulgar de hoy día "No hay tía que se te resista". La pieza musical sin identificar titulada *Y sin embargo le quería* me evoca la actual canción "Un amor que nunca muere". *Mientras la aurora llega* expresaría hoy muy bien la expresión "mientras dure la noche", aunque más vulgarmente lo que dicen es "mientras el cuerpo aguante". La canción titulada *El hombre entre sus vanidades* habría que traducirla mucho más libremente, para recoger su doble sentido, "El galán y sus admiradoras". *No es vano para nosotros*, que más bien hoy dirían "y a mucha honra". *Glorioso rey de mártires*, hoy tal vez se diría "un campeón de sufridores". *Hola, joya la de hermosura*, hoy simplemente dirían quizás "Hola, preciosidad". Pero sería preciso saber latín para saborear todos estos títulos de canciones y otros muchos que omito. Ignaros de sus melodías, esto es tan sólo una aproximación a sus títulos. Alguien/algunos está vedando acercarnos más a sus títulos verdaderos. Es cierto que el ingente número de fragmentos aquí ofrecidos no poseen el valor del código descubierto por el barón J.

Christoph von Aretin en la Hof-Bibliothek de Múnich, que contiene la mejor colección de poemas medievales conocidos como *Carmina Burana*, a los que puso música Carl Orff. Pero estos fragmentos, ofrecidos aquí por Taurino Burón, nos dan una idea de lo que pudo haber existido, en el campo poético y musical, en los variados rincones del viejo reino de León en la Edad Media. Conocemos gran número de hermosas canciones medievales; por citar un solo ejemplo, dentro del campo amoroso la más famosa de todas es quizás la titulada *Iam dulcis amica uenito*, “Ven ya, dulce amiga”; esta canción se remonta al siglo X y ha sido transmitida por varias fuentes: un códice se encuentra en Cambridge procedente de la abadía de Canterbury, otro está en Viena del siglo X (Cod. Vind. 116), otro procedente de Limoges también del siglo X, que hoy se encuentra en la Biblioteca Nacional de París (B.N. Lat. 1118). Teniendo en cuenta que la mejor colección poético-musical latina de la Edad Media hispana, los poemas denominados *Carmina Riuipulliensia*, se han transmitido en un manuscrito que hoy se encuentra en la Biblioteca Nacional de París, los poemas leoneses del reino de León de los siglos X, XI y XII podrían encontrarse en cualquier archivo europeo. En la época de la desamortización se vendieron a peso en León muchos sacos de legajos, documentos, libros, códices, incunables, palimpsestos y papeles varios de antes de la imprenta y de después de la imprenta; los libros que llegaban de los monasterios, entonces expropiados, no cabían en las estanterías de la recién creada biblioteca provincial de León. Y ello sin contar los materiales que ya no llegaron a tal biblioteca, porque habían sido robadas o comprados bajo cuerda en los mismos cenobios, como ocurrió en Carracedo. Véase al respecto S. Bodelón, “Carracedo en el siglo XVI”, *Archivos Leoneses*, XLIX, 97-98, 245-264. Pero habría que estudiar y saber más latín para poder rastrear, encontrar y luego bucear en estos fondos, que esconden, tal vez, ingentes misterios aún por descubrir para la historia medieval del viejo reino de León. Pero tal empresa parece tarea cada día más ardua e imposible. Cada día están practicando la veda en cotidiana cacería contra el latín. Ya lo decía Solís, el ministro franquista de Cabra: “más deporte y menos latín”. Ahora quienes aprobaron la ESO y la LOGSE, tal y como ahora se está imponiendo, parecen estar siguiendo aquella consigna a pies juntillas. Y así nos va. En vez de bucear en este trabajo y proseguir con estudios similares, condenarán al olvido este arduo trabajo de Taurino Burón y a otros muchos por ser cosas del pasado y por no cotizar en Bolsa, y sobre todo por tratarse de documentos latinos, fragmentarios para mayor inri.